

Gestión local del riesgo ante Plan Puebla Panama.

Manuel Arguello

En la hora de la integración forzada –y apresurada- de la región centroamericana, la idea de lo regional y lo global llena la mente de los expertos en desarrollo, que plantean la urgencia y la inminencia de un istmo integrado por la magia de las empresas multinacionales, los mercados y la necesidad de la competitividad junto con su integración “inteligente” con el resto del mundo. Los grandes proyectos supranacionales articulan los territorios mediante redes eléctricas, aduanales, logísticas y comerciales, sin que quede demasiado tiempo, energía e interés para repensar la escala humana del desarrollo o su contrario, la escala humana de la miseria, que es más bien el complemento de la forma de “desarrollo” que se ha impulsado en el istmo en los últimos quinientos años.

Hacia el final del siglo veinte, la región ha estado sometida a una intensa transformación económica y social, como parte del proceso de globalización, construyendo una nueva infraestructura que permita la integración territorial de los mercados y nuevos corredores logísticos y de (libre) comercio, aparte de los megaproyectos turísticos de miles de hectáreas costeras y su contrapartida: la quiebra de la agricultura tradicional de pequeña escala. Todo ello implica nuevas formas de dependencia y vulnerabilidad, ya no para una ciudad o un poblado en particular, sino para la región como un todo, dada la intrincada y frágil red que se va tejiendo. Como sustrato y agravante, es ésta una región intensamente afectada por una variedad de amenazas y asolada a lo largo de los siglos por múltiples desastres, incluyendo aquéllos en que se ha destruido varias veces las ciudades capitales de la mayoría de los países (Antigua Guatemala, León Viejo y Cartago en la Colonia; Managua en 1931 y 1972; San Salvador en 1986, y Tegucigalpa en 1998), así como los que han impactado profundamente la producción, la estructura económica y el desarrollo social de enormes extensiones rurales, obstruyendo la estructura regional y la red de transportes del istmo entero.

Los grandes proyectos y los llamados a una Centroamérica unida han sido superados en los últimos años por una nueva dimensión territorial que poco se entiende: *de Puebla a Panamá*. Los propulsores de la globalización a ultranza descubren con ello una nueva versión de la integración de los años sesenta, que tiene las mismas imágenes de esplendor que se anunciaban hace cuarenta años por la tele, pero ahora las presentan en colores. El Plan Puebla Panamá ha surgido del sombrero de mago de ejecutivos y malabaristas del desarrollo globalizado como el genio que surge de la botella, y permitirá el cumplimiento de tres deseos: que haya desarrollo, que sea humano y que sea sostenible, pero, como con todos los magos, en algún lugar estará el truco oculto a los ojos curiosos de los pobladores. Frente a ello, la generalizada pobreza y las imágenes –también televisivas- de miles de centroamericanos padeciendo hambrunas nos estremecen a todos: los padecimientos ya muy vistos de la distante sequedad africana los tenemos aquí, en el exuberancia del bosque tropical ístmico.

Durante los últimos diez años, en la región se ha sufrido intensamente por la ocurrencia de enormes impactos simultáneos en varios países, y se ha impulsado grandes programas de reconstrucción y transformación, con nuevas experiencias de cooperación internacional entre países y organismos multilaterales y regionales con los países afectados, experiencias que no han sido siempre exitosas y, al contrario, han servido para que se den enormes desvíos de fondos hacia las arcas desbordadas de los funcionarios encargados de que la cooperación internacional no llegue nunca a *lo local*, es decir, a las poblaciones que son víctimas inmediatas. Es precisamente cuando ocurren los desastres cuando aparece en toda su magnitud la escala de lo local, que ahora está siendo transformada en su significación territorial en razón de los efectos sucesivos y extendidos que impactos locales, en sitios otrora insignificantes, pueden tener sobre amplísimas redes regionales.

La gestión del desarrollo regional pasa necesariamente por la concreción de sus propuestas en una escala que no puede ir más allá de lo local, una escala en la que sobre un territorio delimitado se articula con claridad una forma específica de producción y una población concentrada en una serie de actividades intensamente entrelazadas. Como punto de partida, el territorio está geográficamente establecido en razón de una cuenca, un valle intermontano o una llanura costera aluvial; pero adquiere una organización social en relación con las formas particulares que asumen sus estructuras productivas rurales o sus actividades concentradas en una zona industrial o un puerto marítimo, lo que implica a la vez la conformación de una red de poblados y ciudades intermedias de diversa jerarquía. En